

Es la sala de juego.

Al rededor del *tapete*, pues éste es su nombre técnico, hay sentadas unas veinte personas; y de pié, al rededor de las que están sentadas, formando un segundo círculo, hay otras tantas; el humo del tabaco suspendido sobre la mesa se eleva exactamente como la nube sobre el monte; monte verde por el que serpentean arroyos de plata y de oro, que van y vienen, suben y bajan, aparecen y desaparecen, según caen las pesas.

Siempre hay algún concurrente que se pasea de un extremo á otro de la sala esperando la fortuna de cualquier amigo que lo *arme*, ésa es la palabra, dándole un par de duros ó un par de onzas para seguir buscándose la vida; ó calculando por qué carta ha de empezar la *martingala* que lleva entre ceja y ceja.

Nunca falta algún otro que arrinconado y solitario *habla solo*.—Hablar solo en una casa de juego es estar completamente desplumado—sumando, no lo que ha perdido, sino lo que ha dejado de ganar por la traición de una *judía*, ó por la falsedad de una

contrajudía, ó por la ausencia imposible de una sota que él mismo por sus propios ojos había visto *en puerta* á un descuido del banquero.

La *timba*, nombre también técnico, está, pues, en todo el esplendor de su gloria, y los *puntos* juegan frenéticamente contra un banquero que pierde hasta los ojos; hay lo que se llama *juego*; esto es, cierto orden lógico en el curso de los naipes, que los jugadores hábiles siguen no siempre con dichosa fortuna.

Entre los que forman el segundo círculo de la mesa tenemos dos amigos: uno alegre, decididor y risueño; otro triste, callado y serio; el primero sigue con la movilidad de su lengua todas las conversaciones que surgen á su alrededor, mientras el segundo sigue con la fijeza de sus ojos el movimiento continuo de los naipes indiferentes y el continuo perder del banquero impasible.

Estos amigos son Javier y Miguel, el Duque y su secretario, el hermano de la Marquesa y el antiguo *corrector de pruebas*.

Un caballo aparece sobre la mesa y despues un cinco; á estas dos cartas que forman el *albur*, siguen otras dos que forman el *gallo*, y son un siete y un tres.

Se están dando mayores, y los *puntos* que siguen el juego que se da, rodean al caballo y al siete de plata, de oro y de billetes.

La *banca* se encuentra espirando; las *puestas* exceden en mucho á la suma que aquélla representa, y los puntos inquietos se la reparten anticipadamente, disputando entre sí quiénes han de ser los que cobren ántes; pero el banquero impasible corta la disputa, diciendo:

—Señores, *está abonada*; y coloca sobre la mesa una cartera reventando de billetes de banco.

Al mismo tiempo que fué á volver la baraja, Javier grita:

—Juego.

Y colocando junto al tres dos billetes de cuatro mil reales, se vuelve á Miguel, y le dice:

—Vamos á unir nuestras suertes.

El banquero vuelve tranquilamente la ba-

raja presentando á los ávidos ojos de los concurrentes el seis de oros.

La ansiedad es inmensa, no se oye más ruido que el del naípe que se escurre sobre el naípe que tiene debajo; las respiraciones parecen contenidas, las caras desencajadas, las bocas entreabiertas; son indicio de que todos se hallan bajo el peso de una angustia suprema.

Miguel está pálido y Javier atento; el banquero es el único que parece tranquilo.

Despues del seis de oros aparece el cuatro de copas, despues un dos, despues un as, luégo un rey, luégo una sota.

El banquero deja pausadamente la baraja sobre la mesa, saca un cigarro y lo enciende; en esta operacion emplea un minuto que parece un siglo; todos respiran.

Salta la sota y descubre un tres..... un tres que llena de terror á los circunstantes. Se ha perdido el *gallo*; ha *quebrado* el juego, y el *albur* no ofrece ya muchas esperanzas.

Paga el banquero la *puesta* de Javier y se la entrega, diciéndole:

—Muchas gracias, señor Duque.

—No es mi suerte, le contesta el Duque; es la de mi amigo el Sr. Lanuza, á quien presento á V. como á mi misma persona, y como á un hombre sumamente afortunado.

Las manos del banquero y de Miguel se cruzaron amigablemente.

—Juego, vuelve á gritar el Duque.

Todos lo miran, y él colocando los cuatro billetes de cuatro mil en el cinco, le dice á Miguel en voz baja:

—Les darémos tres golpes.

A la sexta carta viene el cinco; el Duque recoge treinta y dos mil reales, y el banquero el valor de todas las demas *puestas*.

—Compañero, le dice Javier á su secretario, se conoce que está V. en la buena *racha*; si acertamos el tercer golpe, ya no hay duda, puede V. llevarse todo el dinero que hay en la mesa.

Y en efecto, acertaron la tercera carta, y el Duque entregó á Miguel la parte que le correspondía de la *beta*.

A las mesas en que hay oro y naipes es preciso asomarse con mucha precaucion,

como nos acercamos al borde de un abismo cuando queremos medir con los ojos su espantosa profundidad, porque no hay vértigo semejante al que producen el silbido de los naipes y el ruido del oro.

Javier dejó á Miguel al borde del abismo en los primeros mareos del vértigo.

En el juego sólo ganan aquellos que no tienen nada que perder.

Al cabo de algunos minutos Miguel se encontró jugando el dinero que Javier le acababa de ganar; pero la fortuna le habia vuelto la espalda y su dinero volvía á la *banca* como el agua vuelve á la mar. Si la ganancia habia sido un incentivo, la pérdida lo metía más en el juego.

Realmente él no habia buscado la ganancia, pero estaba perdiendo lo que habia ganado y buscaba el desquite.

No hay nada que desespere tanto como la mala fortuna.

Hizo su última apuesta y la perdió, y como si lo hubieran clavado en el sitio en que se encontraba, permaneció mudo é inmóvil contemplando los azares del juego

que se habian llevado sus veintiocho mil reales.

Tan embebido estaba, que no reparó en que Javier habia desaparecido, y en que unos ojos penetrantes, colocados debajo de una gran calva, lo observaban con atención minuciosa.

Viendo el banquero su inmovilidad, le dijo :

—Juegue V., caballero, juegue V. con toda franqueza; tiene V. la *banca* á su disposicion y quiero darle el desquite.

—Gracias, contestó Miguel.

El banquero puso á su alcance un puñado de oro; la tentacion era terrible, y Miguel siguió jugando y siguió perdiendo; estaba en la plenitud de vértigo.

Pálido, desencajado y tembloroso, luchando frenético con una suerte desesperante, doblaba las apuestas sin conseguir acertar ni una carta; parecia que Javier se habia llevado su fortuna.

Eran ya las cuatro de la mañana; los puntos estaban agotados y el banquero anunció la última *talla*; Miguel habia perdido dos mil duros que el mismo banquero le habia

suministrado; los jugó á una carta y vino la contraria.

Con voz sorda se acercó al banquero, que ya estaba de pié, y le dijo :

—Caballero, le debo á V. cuatro mil duros.

El banquero se sonrió apretándole la mano, y diciendo :

—El Duque y yo somos muy amigos.

Los ojos penetrantes se acercaron á Miguel, y una voz algo hueca pronunció estas palabras :

—Ha jugado V. con muy mala suerte.

—Muy mala, repitió Miguel, mordiéndose los labios.

—La suerte es así, añadió el otro, y hay que tomarla como viene..... Mañana probablemente se desquitará V. con usura.

Entonces reparó Miguel en el hombre que le hablaba, y haciendo memoria, creyó confusamente que lo habia visto ántes alguna vez, pero no recordaba dónde, y salió de la sala preguntándose :

—Señor, ¿dónde he visto yo á este hombre?.....

Y el hombre lo seguía diciendo entre dientes :

—Sí, sí; es el corrector de pruebas.

En la calle se le acerca el mismo personaje, y hablando, hablando, lo acompaña hasta su misma casa, porque casualmente lleva el mismo camino que el secretario del Duque.

CAPÍTULO X.

Donde verá el lector desocupado cómo por huir de Scila se cae en Caríbdis.

Vino el día y amaneció la señora Gertrúdis con el rostro, que en honor de la verdad no era un cielo como ya sabemos, sumamente encapotado, anunciando que detras de aquella cara siempre risueña había también tempestades.

Á las diez de la mañana se hallaba en su chiribitil con el entrecejo arrugado y la boca fruncida, rascándose frecuentemente la cabeza, de muy mal humor, con la aguja ambulante de su eterna calceta.

Allí estaba el gato, reposando sobre sus cuatro piés en el borde mismo de la mesa, clavando alternativamente sus redondos ojos, ya en el armario entreabierto, ya en el sem-